Enciclopedia de la conducta humana.
TOMO 2

Los CONCHUDOS

SOFOCLETO

Planeta

Los CONCHUDOS

Enciclopedia de la conducta humana

TOMO 2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

© 2022, Sofocleto

DERECHOS RESERVADOS
© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.
Av. Juan de Aliaga Nº 425, of. 704 -
Magdalena del Mar. Lima - Perú
www.planetadelibros.com.pe

Editor: Gabriel Ruiz Ortega
Corrección de estilo: Elizabeht Bautista
Diseño de portada:
Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú
Diseño de interiores:
Susana Tejada López
Primera edición: marzo 2022
Tiraje: 2500 ejemplares
ISBN: 978-612-319-734-6
Depósito legal: 2022-02331
Impreso en Industria Gráfica Cimagraf S. A. C.
Pasaje Santa Rosa 140, Ate-Vitarte
Lima 3, Perú
Lima - Perú, marzo 2022

SOFOCLETO

Los CONCHUDOS

Enciclopedia de la conducta humana
TOMO 2

Planeta

A Judas Iscariote, que por la venta de Cristo
se convirtió en el más grande conchudo
de todos los tiempos.

RETRATO
DEL
AUTOR

Nota del editor

Los libros marcados por la condición de clásicos lo son por la experiencia de lectura que suscitan, incluso muchísimo tiempo después de haber sido publicados. Sofocleto en vida se sabía grande, era una infatigable máquina de escribir, y es precisamente en ese ejercicio que puso en el asador todos sus recursos para retratar sin afeites a la sociedad peruana mediante el humor. En este sentido, *Los conchudos* es una sátira y producto de su época, pero que en la prosa de Sofocleto se posiciona como un texto imprescindible de autorreconocimiento para los peruanos sin importar el no-tiempo y no-lugar. Los puntos de vista en los que se conducen las sociedades son cíclicos; clásicos, como Sofocleto, no. Están siempre *ahí* para interpelarnos.

Gabriel Ruiz Ortega
Lima, marzo del 2022

Los peruanos nos parecemos a las tortugas
porque habitamos un país donde nadie puede
vivir si no tiene concha…

SOFOCLETO

CONCHAGRACIÓN

¡Atiéndeme, conchudo legendario,
que mi candente verso te proclama
como hijo predilecto de la fama
por tu modo de ser, atrabiliario...!

¡Atiéndeme, te digo, extraordinario
fruto de un árbol que en la misma rama
juntó la concha hispana, en amalgama,
con los grandes conchudos del incario...!

¡Atiéndeme, conchudo, pues te canto
con los ojos hinchados por el llanto
que domina mi frágil emoción...!

¡Mientras tú, que te pasas de conchudo,
me dejas recitar como un cojudo,
sin moverte siquiera del colchón...!

Evocación

Mi tío José Antonio murió de curiosidad en 1947.

A menudo, la gente dice que «se muere de curiosidad» porque el ansia de información produce un estado angustioso entre los débiles de carácter, llevándolos a extremos verdaderamente absurdos, tales como abrir correspondencia ajena, escuchar conversaciones de terceros o pararse en una silla para ver cómo el portero del edificio le hace el amor a la señora del 401.

Pero el caso de mi tío fue distinto. Porque mi tío José Antonio murió realmente de curiosidad cuando asomó la cabeza en el tren Lima-Huancayo para ver cómo eran los túneles por dentro. Y, lo que es peor, no tuvo tiempo para contarle sus impresiones a nadie porque el tren lo decapitó sin miramientos, convirtiendo así en macabra realidad lo que la familia venía sosteniendo respecto a mi pariente:

Que al tío José Antonio le faltaba cabeza.

Primo hermano de mi madre, el tío José Antonio se había hecho humo a raíz de un incendio en el que murieron achicharrados tres de sus acreedores, misteriosamente invitados aquella noche a una comida en el hotel donde estalló la bomba.

Mujeriego y tarambana, se contaba de él que, a los dieciocho años, no solo tocaba piano, guitarra, bandurria, cajón, señoras, señoritas y, en fin, lo de costumbre, sino (con frecuencia rayana en el vicio) la billetera de su papá, que era tan sagrada como el Santo Sepulcro.

Según era de esperarse, una noche lo pescó el autor de sus días.

Lo «pescó», literalmente hablando, porque el viejo sembró la billetera de anzuelos, puso el otro extremo del cordel junto a la cama y, cerrando los ojos a media agua, fingió dormir, como hacen los cocodrilos antes de comerse a un negro. Exactamente a la media hora, el tío José Antonio cayó por el dormitorio paterno, cayó sobre la billetera, cayó en la trampa como un lenguado y, finalmente, cayó de rodillas —mudo, igual que el cine de antes— cuando su padre, con el cordel templado en una mano y la pistola de ocho tiros en la otra, le sugirió que rezara las avemarías del estribo, considerando su decisión inquebrantable de empujarle una bala por cada hueco de la nariz.

Ahora bien, si consideramos que el tío José Antonio era un tipo de nariz fina, por cuyos huecos apenas si cabía un *petit pois*, ya podemos calcular qué clase de puntería calzaba el tío Belisario —su iracundo progenitor— para lanzarse temerariamente a formular tan aventurado pronóstico.

Mientras tanto, el retoño seguía más paralizado que una instantánea.

Sus tres dedos más importantes —el pulgar, el anular y el índice— habían «picado» en la billetera y, por esta razón, tenía un anzuelo en cada uno, detalle que le hacía imposible peinarse, rascarse, persignarse o juntar las manos para sumirse en la oración. Sé que cualquier otro habría gritado «¡Piedad...!» en tales circunstancias, pero mi tío no lo hizo. Gritó, más bien, «¡Mamá...! ¡Mamita...!», mediante un alarido tan desgarrador que, efectivamente, le desgarró los tres dedos cuando su progenitor

tiró del cordel (movido por la sorpresa) y se quedó con una yema en cada anzuelo.

Pese a ello, el veterano le puso la pistola por delante, como quien ofrece un ramo de flores a la directora del colegio. «¡Devuelve, miserable...!», le espetó con voz de sordo. «¡Sí, papá, sí... como tú ordenes!», acató el hijo, metiéndose dos dedos en la garganta. Porque, antes, los hijos obedecían a los padres, no como ocurre ahora, cuando los padres ya no obedecen a los hijos. Pero el tío Belisario le impidió culminar con éxito su empresa, lanzando un nuevo grito: «Alto, salvaje de porquería... ¡He dicho que devuelvas la plata, no el almuerzo!».

Fue terrible.

Al llegar la madre, se alineó junto a su cachorro y ambos solicitaron, entre lágrimas, la conmutación del castigo. Pero el tío Belisario hizo que «no» con la cabeza y apuntó a la nariz de su hijo con la pistola. Luego arribaron al dormitorio otros habitantes de la casona y se unieron al coro en forma tan lastimera que aquello, más bien, parecía una novela rusa. Porque el tío Belisario, parado sobre la cama, esgrimía la pistola como si fuera un matamoscas, y todo el mundo se tapaba los oídos para no sentir la muerte.

Finalmente, cedió.

Desde luego, no cedió el tío Belisario, que era un tipo irreductible, sino la cama. Por lo tanto, mi antepasado se vino al suelo, disparando al aire y liquidando a un pacífico matrimonio de arañas que se había instalado en un rincón del techo hacía catorce meses. Al conjuro de los disparos, la concurrencia cayó por tierra, como los hidroaviones, pero —cuando el veterano se reincorporó— del hijo y de la billetera no quedaba ni el aroma.

Los buscaron —sobre todo a la billetera—, pero nunca más se supo de ellos, tal como ocurre con los amigos que nos deben plata y con los seres que nos prometen algo.

El tío Belisario puso enigmáticos avisos periodísticos en los que ofrecía una magnífica recompensa a quien lo pusiera en contacto con su hijo, «v...o» o «m....o». Por las noches salía a buscarlo entre las haciendas, sin más compañía que un fusil, una pistola y un hacha; preguntó en los consulados y en los barcos que atracaban de regreso... Sin embargo, nada resultó de sus afanes. Luego, el tiempo abrió la puerta y pasaron los años.

Un día murió la madre. Y del tío José Antonio ni la tos.

A los dos años murió el tío Belisario debido a una cuestión pasajera, al hundirse el Reina del Chira con setenta y cinco pasajeros más, que tampoco sabían nadar.

Y entonces, justo a la semana, se presentó el tío José Antonio, cuando el resto de mi parentela se disponía a leer el testamento del finado. En dos líneas se lo llevó todo porque era hijo único, pero antes reunió a la familia y —frente a sus rostros esperanzados— declaró solemnemente que pensaba dividir su fortuna en cuatro partes iguales: «Una, para chupármela... Otra, para jugármela... La tercera, para comérmela... Y la cuarta, para gastármela en mujeres...», promesa que cumplió al pie de la letra y con tal fuerza de carácter que al año y medio no tenía un centavo.

Ni siquiera un centavo partido por la mitad, como el rey Salomón.

Un día cualquiera se fue con el viento, como los papeles sueltos, y después solo se supo de él muy esporádicamente, por versión de conocidos que lo habían visto en Panamá, de marinero; en Buenos Aires, de empresario; en Colombia, de mago; en Brasil, de noble ruso... y así. Mi tía Carmen, que vivía hasta hace veinte, cuando murió de cálculos (en mérito a que sus deudos, calculando lo que costaría hospitalizarla, no le daban sino agua de boldo para la pulmonía), odiaba al tío José Antonio hasta la pepa del alma, porque este había dicho de ella que era «el seno de la familia», debido a «ese par de tetas que parecen un ropero bombé», según comentara a sus espaldas. Y esto no se lo perdonó jamás la tía

Carmen. Pero con toda razón. Porque, según comentaba no sé cuál de sus hermanos, «Si de algo no se puede hablar a espaldas de nadie, es de las tetas de alguien».

Ahora bien, yo tenía siete años cuando llegó a casa una brevísima tarjeta postal del tío José Antonio, cuyo texto decía, escuetamente: «Arribaré quince. Prepárenme alojamiento. Saludos». Luego la firma y nada más.

Esto después de haber desaparecido cuatro lustros.

Recuerdo que la tía leyó el recado y tuvo que poner los pies en agua helada porque la presión le subió de tal modo que se volvió pelirroja, como los indios norteamericanos (o irlandeses, no sé bien). Luego fueron llegando otros miembros de la familia, corrió la postal de mano en mano y la indignación colectiva se hizo unánime respecto a la opinión que les merecía el tío por venir. Sin embargo, nadie había concretado esa opinión en una frase contundente hasta que alguien, ya en el colmo de la ira, lanzó esta deslumbrante exclamación:

—¡Pero qué tal concha de hombre, Dios mío...! ¡Es decir, juraría que en el mundo entero no hay una concha tan grande como la de José Antonio...!

Dije «deslumbrante» porque este es el adjetivo preciso para el impacto que me causó la noticia. En efecto, yo era un niño. Tenía una cajita con mariposas y una modestísima colección de conchas, recogidas en mis raras excursiones por las playas. Saber de pronto, entonces, que un tío mío era dueño de semejante concha («la concha más grande del mundo») me transportó *ipso facto* al reino de las especulaciones y las incongruencias infantiles.

«¿Cómo sería la concha de mi tío? ¿Sería de colores? ¿Mediría un metro de ancho... o más? ¿Y estaría viva, con el animal adentro...? ¿Tendría una o dos tapas... o más? ¿Y quizá la llevaría en un estuche de terciopelo? ¿Dónde la habría comprado? O, tal vez, si el